

Lo folclórico y lo culto en el *Lazarillo*: El oficio de aguador, las mujeres toledanas y el mondadientes del escudero

Luciano López Gutiérrez
IES "Iturralde" (Madrid)

Varios y eminentes filólogos (Lázaro Carreter, Bataillon, Rico, Chevalier...) han puesto énfasis sobre la gran habilidad que tuvo el anónimo autor del *Lazarillo* para utilizar y asimilar fuentes literarias de origen culto y, al mismo tiempo, para aprovechar un buen puñado de cuentos folclóricos que debían de ser moneda común en su época. Paradigmáticos de esta impregnación intertextual son los episodios en que el ingenuo muchacho protagonista recibe la gran calabazada, o el del miedo que siente cuando ve venir un entierro por la calle y piensa que el cortejo fúnebre viene a la casa del hidalguillo con el que él vive, tan fuerte es la asociación que hay en su mente entre esa casa y el hambre, la miseria y la muerte. Relatos perfectamente integrados en la trama narrativa de la novela, pero que derivan por vía directa de una bien conocida tradición de cuentos folclóricos que es preciso conocer bien y considerar en su justa medida para entender esos y otros muchos pasajes.

En este breve artículo me propongo ampliar algunos datos relativos a las fuentes, de naturaleza tanto libresca como folclórica, que dejan percibir sus ecos en los últimos capítulos del famoso relato y en el difundido motivo del palillo o mondadientes del hidalgo del magistral Tratado III.

Sobre el oficio de aguador

Según ha apuntado Molho (77-80), el Tratado VI no es un mero elemento de enlace entre el episodio del buldero y el "buen puerto" al que habrá de acceder el protagonista en el último capítulo. Lázaro deja de ser criado o servidor, y se convierte en una especie de asalariado, pues adopta el oficio de aguador o azacán, que no parece mala elección para un personaje como él, ya que los azacanes o aguadores se caracterizaban por su astucia, ingenio vivo y propensión a la pillería.

Así, Melchor de Santa Cruz, en su *Floresta española*, recogió dos cuentecillos que muestran las mañas que debían de ser características de las gentes de aquel gremio:

Estando la corte en Toledo, pasó un azacán por donde estaban dos escuderos dando muy recios palos a un asno. Dijéronle los escuderos: "No le maltratéis tanto a este pobre asno". El azacán quitándose el bonete dijo: "Perdonad, señor asno, que no pensé que teníades parientes en la corte". (núm. 8, Parte VII, Cap. VI, 218)

Un azacán tomó un asno fiado en cuatro ducados, y al tiempo de la paga, habíasele muerto, y por no tener qué pagar y no verse preso, fuese a las

Indias. Volvió desde a seis años, con más de diez mil ducados; y escribió desde Sevilla a su mujer, dándole cuenta de lo que traía. Ella le envió avisar de que procurase venir secreto, porque era vivo el dueño del asno. (núm 12, Parte IX, cap V, 258)

Y al menos el primero de ellos gozó de gran difusión durante los siglos XVI y XVII, pues también lo recogen, entre otros, Timoneda en su *Portacuentos* y Sebastián de Covarrubias en la entrada de su *Tesoro* en que glosa la voz *asno*:

Torquemada era aguador, y pasando por una calle aguijando a su asno con muchos palos, le dijo un señor que se compadeciese de aquel animal, y quitando la caperuza le dijo: “Yo haré lo que V. S. me manda, que no pensé tenía mi asno parientes en la Corte”. Cayole en gracia y trújole a su casa, y salió lindo oficial de placer, teniendo ración para sí y para su asno, con que no le trabajase. (158)

No ha de sorprendernos, pues, a la vista de todo esto, que uno de los personajes más complejos e interesantes de la tradición narrativa áurea, el inefable Estebanillo González, adopte también este oficio durante su estancia en Sevilla:

Di por bueno su parecer, y comprando un cántaro y dos cristalinos vidrios, me encastillé en el oficio de aguador y entré a ser uno de los de su número. (I, 204)

Y a fe que en el desarrollo de su trabajo, según confesión del propio personaje, responde al arquetipo del aguador que estamos delineando, ya que engaña arteramente a sus clientes a costa del agua que vende:

Hacía creer a todos los que acudían al reclamo del agua fría que era agua del Alameda, y para apoyar mejor mi mentira ponía en el tapador un ramo pequeño, que hacía provisión para toda la semana, y con él daba muestra de venir donde no venía. (I, 204)

Costumbre ésta de la que, centenares de años atrás, también deja constancia Ciro Bayo en su *Lazarillo español*, al relatar que los aguadores de Antequera adornaban sus asnos con unas guirnaldas confeccionadas con unas hierbas que solo brotaban a la vera de una fuente de aguas muy reputadas ubicada a dos leguas del pueblo, con el fin de demostrar que sus cántaros los habían llenado allí:

Esta agua es famosa entre todas las de España por la gran fuerza que tiene contra la terrible enfermedad de la piedra, y también porque conforta mucho el estómago. Mana de una fuente que está a dos leguas de esta

plaza, y pónese gran recaudo en que no se haga falsedad de dar otra por ella. Por esto, los aguadores que vivimos de trajinarla nos poníamos antes unas guirnaldas de esta hierba *caníbaro*, de que la fuente está rodeada, y si llegaba la hierba fresca en la guirnalda, era señal de haber llegado el aguador a la fuente y cogido el agua, por no darse aquella hierba sino allí en toda la comarca. Ahora nos contentamos con ponérsela a los cántaros. (105)

Pero es que, además, no contento con estas fraudulentas artimañas, el astuto Estebanillo redondea sus ingresos con ciertos oficios de alcahuete que puede desempeñar gracias a que emplea su oficio de azacán como cobertera:

Íbame todas las tardes al corral de las comedias, y todos los caballeros, por verme que era agudo y entremetido, me invitaban, en achaque de dar de beber a las damas, a darles recados amorosos. Bebían ellos por agradarme y hacían lo mismo ellas por complacerme, de manera que usaba a un mismo tiempo dos oficios, tirando del uno ración y del otro gajes, pues demás de pagarme diez doblada el agua me gratificaban el ser corredor de oreja. (I, 205-06)

Similar tratamiento de la figura de marras nos encontramos en el *Entremés del aguador*, de Moreto, en el que una dama rechaza a su antiguo galán porque tiene mayores pretensiones: quiere casar con un noble. Así que don Maula, amigo de su anterior pretendiente, decide tomar cumplida venganza de tan engreída señora emparejándola con uno de sus criados, que él hace pasar por un gran potentado. Pues bien, la catadura que se atribuía de manera tópica a este criado la vemos también claramente reflejada en los siguientes versos:

Yo tengo
un francés lacayo en casa,
que era aguador, y vivía
de echar dos cántaros de agua,
y es tan discreto bellaco,
que por su agudeza rara
le di librea, y me sirve:
con este hemos de engañarla. (3)

En esta misma línea, Francisco Rodríguez Marín recogió el refrán “para tener un hijo pillo, azacán o monaguillo” (361), y señaló que la mala fama que se atribuía a los aguadores probablemente remontara a la época de la Reconquista, pues el de azacán fue oficio que eligieron los moriscos, y algunos de ellos lo siguieron ejerciendo

después de la expulsión de los de su estirpe.¹ Y también fue característico, según Covarrubias, sobre todo en Toledo, de otro grupo marginal, el de *los gabachos* (voz peyorativa con la que se designaba a franceses y gascones venidos a España), si bien, por diferentes testimonios, se puede concluir que algunos de estos azacanes, concretamente los que poseían al menos un jumento propio, tenían cuantiosos ingresos. Lo cual explica que Cervantes en *La ilustre fregona* aluda a las grandes sumas de dinero que se jugaban a las cartas, y que Diego de Negueruela ponga en boca de uno de ellos los siguientes versos:

Seis meses solo porfío,
Que, en acabando estos seis,
el borrico será mío.
Más que rico
estaré con mi borrico. (11; véase Lázaro 165)

Sin embargo, a pesar de los testimonios que acreditan la existencia de aguadores enriquecidos, el oficio se consideraba infamante, por lo que los que se dedicaban a él eran muy puntillosos en cuestiones de linaje, según se desprende del examen del *Libro intitulado Los problemas de Villalobos, que tracta de cuerpos naturales y morales*,² en el que el autor refleja en unos versos con sus correspondientes glosas en prosa los escrúpulos de honra, de limpieza de sangre y de ancestros de que hacían gala los ganapanes, acemileros y aguadores, tanto más cuanto muchos de ellos eran de origen norteño, y ya se sabe que esta procedencia casi era considerada como una patente de hidalguía:

¿Y por qué el acemilero
presume de ser honrado
y que no será aguadero
aunque le paguen doblado?
Dice que con su mal sayo
los que no le honran le ofenden,
porque sus padres descenden
del infante don Pelayo.
¿Y el aguadero por qué
tiene al ganapán en poco?

¹ Véase Kany 58. Recuérdese también la maliciosa y ambigua frase del propio Lázaro en el Tratado I: “eE este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fue mi padre” (14). Véase, asimismo, Jiménez 92-95.

² En esta misma obra el pintoresco doctor nos cuenta una anécdota protagonizada por él con un acemilero que estaba a su servicio, al cual, para probar su fatuidad, le propuso casarse con su hija, a lo que él respondió que lo haría con gusto, pero que no podía por sentirse incapaz de soportar la cara que le pondrían sus parientes al volver a su tierra y enterarse de que se había casado con una hija suya, habida cuenta de la tacha de converso que tenía el médico del Emperador.

Y el ganapán es muy loco
 por lo que agora diré.
 Presume que le han de honrar
 porque es cabeza de bando
 y está entonces desollando
 un asno en el muladar. (73-74)

Y el tópico o estereotipo del aguador que alardea de hidalguía sigue vivo en la centuria siguiente, pues en *La Dorotea* de Lope de Vega, Gerardo, mediante uno de los ritos que se practicaban en la noche de San Juan para adivinar la condición del futuro marido de una doncella, averigua que el esposo de Celia será montañés (en la época casi sinónimo de hidalgo), se lo comunica a la joven y se entabla entre las dos el siguiente diálogo lleno de socarronería:

CELIA: ¿Cosa que sea de éstos que venden agua?
 GERARDA: ¿Pues qué querías? ¿Qué tuviese solar, pendón y caldera? (203)

También Alonso de Castillo Solórzano, en sus *Donaires del Parnaso*, obra publicada en 1624, en un poema que glosa los amoríos entre fregonas y lacayos en la ribera del Manzanares, se hace eco burlescamente de los pruritos de nobleza que tenían los sportilleros, oficio perfectamente parangonable al de los azacanes:

Aquí le toca al pretendiente activo
 el traerle a su moza, aunque gallega,
 jumento de dos pies, cherrión vivo,
 a quien la ropa entrega,
 hidalgo de solar, que en la Montaña
 siempre ejerció guadaña,
 y agora que en no usalla degenera,
 se entró en la religión sportillera;
 este, pues, que es malilla
 para cualquiera cargo de Castilla,
 con la ropa cargado
 acorta el tiempo para ser pagado. (287)

A la vista de todos estos antecedentes y paralelos acerca de la mala consideración que en la sociedad de la época tenía el oficio de azacán, y de su relación con tantos escrúpulos de linaje, no tiene nada de extraño que Lázaro, obligado a desempeñarlo durante algún tiempo, se dedique a ahorrar un poco de dinero y luego se compre, en cuanto puede, una espada y un traje de caballero. Sigue así las enseñanzas que le había dado el escudero del Tratado III, y responde, además, a la perfección, al dibujo del aguador con ínfulas de hidalguía claramente presente en la tradición áurea.

Las mujeres toledanas

Ya tenemos a Lázaro vestido de hombre de bien. Tras una corta y frustrante experiencia como servidor de un alguacil, llega por fin a la cumbre de toda buena fortuna cuando consigue el oficio real, aunque infame, de pregonero. Es entonces cuando el arcipreste de San Salvador le propone casarse con una criada suya, matrimonio que él acepta al considerar el provecho material que podría acarrearle.³

El maestro Gonzalo Correas anotó dos refranes que ponían en guardia sobre los peligros de casarse en Toledo: “En Toledo no te cases, compañero; no te darán casa ni viña, mas darte han mujer preñada o parida;” y su variante “En Toledo, no te cases, compañero; que te darán mujer parida o preñada; ... u con leche para cuando para”.(núms.1933-34, 328; véase también Rico 74).

Como era previsible, muy pronto las gentes comienzan a hacerse lenguas sobre las relaciones entre el arcipreste y la mujer del pregonero, y los propios amigos de Lázaro intentan quitarle la venda de los ojos:

Y aun por más de tres veces me han certificado que antes que conmigo casase había parido tres veces, hablando con Reverencia de Vuestra Merced, porque está ella delante. (133)

Ahora bien, el pícaro, por la cuenta que le tiene, hace caso omiso de tales habladurías⁴ y se muestra dispuesto a jurar que la suya es tan buena mujer como cualquier otra que viva dentro de las puertas de Toledo.

Es claro que los lectores del siglo XVI captarían perfectamente toda la ironía que destila esta afirmación de Lázaro, similar a la que utilizó la propia madre del pícaro cuando, al principio de la novela, al intentar convencer al ciego de que se lleve a su hijo, le asegura que será tan buen hombre como lo fue su padre, del que los lectores no tenían referencias demasiado positivas, indudablemente.

Y es que los receptores contemporáneos del relato no ignoraban, con toda seguridad, la sin duda inmerecida mala reputación que refranes y canciones tradicionales atribuían a las mujeres toledanas. Ni tampoco habrían olvidado los devaneos amorosos del escudero con ciertas damiselas a las orillas del Tajo, ni cómo

³ La figura del arcipreste lascivo y el tópico de la manceba del abad se remontan hasta la Edad Media. Véase al respecto Pedrosa 32-53.

⁴ Téngase en cuenta que ya en el arranque del capítulo IV de los *Refranes glosados* (1541) se recomienda encarecidamente casar con mujer de la propia tierra, y se detalla qué conducta hay que seguir cuando es puesto públicamente en tela de juicio el honor de tu esposa: “Y alguna falta es cierto casar con mujer no conocida. Por esto al que casa en tierra extraña le demandan: ¿Dónde eres, hombre? De la tierra de mi mujer es la respuesta mostrando que la fama y virtud de su buena mujer le es a él clara y manifiesta, como sean los dos de una misma tierra. Y asimismo, debes, hijo mío, celando la honra tuya, loar a tu mujer, pues loando a ella haces honra a ti mismo; y si alguno mostrando que te avisa dice mal de tu mujer, le responderás con este refrán que dice: *Yo sé qué debo hacer*”.

Lázaro aludía a la proliferación de ese tipo de lances por aquellos lares, y a la catadura moral de estas féminas, que, por otra parte, deja lugar a muy pocas dudas:

Él estaba entre ellas, hecho un Macías, diciéndoles más dulzuras que Ovidio escribió. Pero como sintieron dél que estaba un poco enternecido, no se les hizo vergüenza pedirle de almorzar, con el acostumbrado pago. Él sintiéndose tan frío de bolsa cuanto estaba caliente de estómago, tomole tal calofrío, que le robó la color del gesto, y comenzó a turbarse en la plática y a poner excusas no válidas. Ellas, que debían ser bien instruidas, como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era. (85-86)

Es abundante, ciertamente, el material de origen folclórico que alude a esta condición de las mujeres de Toledo. Así, en cuanto a refranes, se pueden citar unos cuantos, como por ejemplo: “Putas de Toledo; rufos de Madrid; sombreros de la liga, de Valla[dolid]” (Correas, núm. 1153, 666), y “La espada valenciana, broquel barcelonés, puta toledana y rufián cordobés” (Horozco 2005, 302).

Y en lo que respecta a las canciones, recuérdese, por ejemplo, la citada por Covarrubias ya como antigua:

Chapirón de la Reina,
chapirón del Rey,
mozas de Toledo,
ya se parte el Rey,
quedaréis preñadas,
no sabréis de quién. (Frenk, núm. 896)

O la siguiente recogida a comienzos del XVII:

Salen de Sevilla
cincuenta frailes,
con bordones de a palmo
y alforjas grandes.
De Toledo parten
cincuenta monjas
a buscar los frailes
y sus alforjas. (Frenk, núm. 2638)

Muchas más fuentes literarias de los Siglos de Oro dan razón de la mala fama de las mujeres de Toledo. Así, en el *Cancionero* de Sebastián de Horozco nos topamos con un poema en que el autor se queja de las malas consecuencias que la estancia de la Corte lleva consigo para la Imperial Ciudad en el año de 1560, y entre sus inconvenientes señala los que siguen:

No ay grano de cebada
cogiéndose más que tierra;
mas por más que fuera es nada
para tanta rocinada
como en la corte se encierra.

Todo va por sus cabales
aves, pescados y frutas;
estas y otras cosas tales
van a peso de reales,
solamente sobran putas.

Destas ay tantas a hecho,
que aunque acá buen cobro avía,
ha la corte tantas hecho
que como sienten provecho
ay muy grande putería.

Va la cosa tan corruta
y ay tanta disolución,
que la menos disoluta
no se escapa de ser puta
de obra o de corazón. (183-84)

Y aquel estereotipo seguía vivo en tiempos de Góngora, en cuyo romance *Castillo de San Cervantes* se leen los siguientes versos nada elogiosos ni para las toledanas ni para sus cónyuges:

Tú, que a la ciudad mil veces,
viendo los moros de lejos,
sin ser Espíritu Santo,
hablaste en lenguas de fuego,
en las ruinas ahora
del sagrado Tajo, viendo
debajo de los membrillos
enjerirse tantos miembros,
lo callas a sus maridos,
que es mucho, a fe, por aquello
que tienes tú de Cervantes,
y que ellos tienen de ciervos.
Entre todas las mujeres
serás bendito, pues siendo
en el mirar atalaya
eres piedra en el silencio. (2000, I, 136)

El mondadientes del escudero

En los dos epígrafes anteriores he pretendido demostrar que el genial autor del *Lazarillo* eligió para su personaje el oficio de aguador o azacán porque éste, al igual que el de sportillero, mozo de ciego o monaguillo, era tradicionalmente desempeñado por individuos que eran tenidos por de baja estofa, frecuentemente asociados a vidas holgonas y a tretas de pícaros, por más que mostrasen muchas veces gran preocupación (seguramente cínica) por cuestiones de linaje y condición. Ciertos pasajes del último tratado se cargan, además, de sentidos más sugerentes si los contemplamos a la luz de determinadas canciones y refranes, algunos de los cuales dejaron eco en la literatura culta, que seguramente conocerían bien el autor y los lectores a la hora de articular y de interpretar cómplicemente el texto.

Para terminar, me voy a fijar en el episodio del Tratado III en que el protagonista de la novela introduce la siguiente reflexión sobre el lacerado de su amo, con el que comparte la famosa casa lóbrega y oscura:

Y no tenía tanta lástima de mí como del lastimado de mi amo, que en ocho días maldito el bocado que comió. A lo menos en casa bien lo estuvimos sin comer, no sé yo cómo o dónde andaba o qué comía. ¡Y velle venir a mediodía la calle abajo, con estirado cuerpo, más largo que galgo de buena casta! Y por lo que toca a su negra que dicen honra, tomaba una paja, de las que aún asaz no había en casa, y salía a la puerta escarbando los que nada entre sí tenían. (94)

Pues bien, el uso de un mondadientes para dar a entender, de manera engañosa, que se había disfrutado de una opípara comida es un motivo al que no se le conocían precedentes hispanos anteriores a la genial novela, aunque actualmente esté muy extendido por culturas distantes. Por ejemplo, en la tradición oral de la India se atribuye la historia a un aristócrata que se niega a renunciar a su orgullo a pesar de su decadencia económica. Lo cual fue interpretado por María Rosa Lida como debido a un posible influjo de los comerciantes portugueses que tuvieron estrechas relaciones con este país asiático:

La ocurrencia se halla hoy en el folclore de Lucknow, India, atribuida a cierto personaje que encarna la pobreza y orgullo del noble venido a menos. Quizás haya que presumir trasmisión a través de las posesiones portuguesas de la India (cf. La trayectoria de la voz *tanque* ‘estanque’ > *tank*). Ya hemos visto que el *Arte de hurtar* reproduce varias historietas tomadas de la picaresca española. (356)

Y en el Japón circula un refrán que reza: “El samurai usa palillo de dientes aun sin comer” (*Lazarillo* 95, nota 110), palmaria demostración de que el motivo ha gozado de popularidad en tierras muy alejadas de la nuestra. Pero, además, el tópico gozó de éxito en la literatura española en las décadas posteriores a la publicación del relato protagonizado por Lázaro de Tormes. Así, por ejemplo, en *El Quijote II*, 44 se lee lo siguiente:

¡Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra, comiendo mal y a puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale a la calle, después de haber comido cosa que le obligue a limpiárselos!
 ¡Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y que piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago! (882)

Y don Luis de Góngora recuerda también donosamente el motivo en una de sus insuperables letrillas:

Que se precie un don Pelón
 que se comió un perdigón,
bien puede ser;
 mas que la biznaga honrada
 no diga que fue ensalada,
no puede ser (1987, 92)

Teniendo en cuenta, pues, que el autor del *Lazarillo* dio muestras de su inclinación a incorporar a su obra episodios que derivaban de fuentes muy diversas, me voy a atrever a proponer una posible fuente clásica como origen de este pasaje, por más que esta hipotética fuente no sea seguida en el relato del XVI de manera servil y que parezca recreada tan lejanamente que ni siquiera se aprecien de manera clara y distinta sus ecos. La que podría ser fuente del *Lazarillo* es el número 74 del libro VI de los *Epigramas* de Marcial, en que el poeta bilbilitano se dirige a un viejo que pretende aparentar que tiene dientes utilizando una espina de lentisco, dando a entender que la usa para liberarlos de los restos de comida que quedan entre ellos:

Medio recumbit imus ille qui lecto,
 trifilem semitatus unguento,
 foditque tonsit ora laxa lentiscis,
 mentitur, Aefulane: non habet dentes.

[Aquel que está tumbado en el último lugar del lecho del medio, que presenta rastros de pomada en su calva, que tiene tres pelos y escarba su

boca entreabierto con espina de lentisco, nos engaña, Efulano: no tiene dientes] (253)

Es evidente que el motivo del palillo engañoso tiene distinta función en las dos obras: en la novela aurisecular sirve para ridiculizar al hidalgo que solo se preocupa de cubrir las apariencias de la honra; en el epigrama de Marcial se usa para criticar a los viejos que están dispuestos a acudir a cualquier engaño para no reconocer los estragos que causa en ellos el paso del tiempo. Sin embargo, en ambos casos el mondadientes funciona como un objeto engañoso al que se aferran los personajes para ocultar sus carencias y sus vergüenzas, de cara a quienes los rodean.

Hay que recordar que los críticos ya han señalado que al anónimo autor del *Lazarillo* le era familiar Marcial, y que algunos pasajes de la novela parecen evocar, aunque sea lejanamente, epigramas del mordaz poeta latino. Así, sin salirnos del Tratado III, se ha apuntado la hipótesis de que los problemas que tiene el escudero sobre el tratamiento que deben darle sus conciudadanos o sobre quién debe saludar primero cuando se cruza con un vecino en la calle pudieran reflejar algunos versos del epigrama III, 95 (Fernández 51-58):

Numquam dicis have sed reddis, Naevole, semper,
quod prior et corvus dicere saepe solet.
Cur hoc expectas a me, rogo, Naevole, dicas,
nam, puto, nec melior, Naevole, nec prior es.
Premia laudato tribuit mihi caesar uterque.

[Nunca das, sino devuelves siempre, Névoló, los buenos días, cosa que un cuervo suele dar muchas veces el primero. Dime, te ruego, por qué esperas esto de mí, Névoló, pues ni eres mejor, Névoló, pienso, ni de mayor rango. Los dos Césares, después de alabarme, me concedieron recompensas] (162)

Y también se ha comentado que hay algún eco del primer verso del epigrama V, 59 en la frase que dice el ciego a Lázaro a propósito de que él no le puede proporcionar oro ni plata, pero sí avisos para vivir (*Lazarillo* 23-24, nota 43):

Quod non argentum, quod non tibi mittimus aurum
Hoc facimus causa, Stella diserte, tua.
Quisquis magna dedit, voluit sibi magna remitti;
fictilibus nostris exoneratus eris.

[Si no te envío plata ni oro, lo hago, elocuente Estela, por tu propio interés. Todo el que ha hecho grandes regalos ha querido que le envíen otros

igualmente grandes; gracias a mis vasos de barro te verás libre de eso]
(218-19)

Para concluir, pues, esta rápida sucesión de calas en el *Lazarillo*, propongo que, a los testimonios ya señalados por varios críticos a propósito del posible influjo de Marcial en alguno de sus pasajes, se debe añadir ahora el epigrama 74 del libro VI, fuente posible del episodio del mondadientes del Tratado III. Episodio sin duda muy recordado, que acaso enlace también con una historieta publicada por Escobar, el célebre autor de tebeos o cómics, en el diario barcelonés *Tele-Exprés* el 9 de octubre de 1973. El personaje no era allí el desdichado amo del antiguo mozo de ciego, sino el popularísimo Carpanta, emblema moderno del pícaro hambriento, en cuyo diseño tuvo, sin duda, algo que ver el perfil del universal Lázaro de Tormes.

Obras citadas

- Anónimo. Eds. Antonio Carreira & Jesús Antonio Cid. *La vida y hechos de Estebanillo González*. Madrid: Cátedra, 1990.
- Anónimo. Ed. Francisco Rico. *Lazarillo de Tormes*. Madrid: Cátedra, 1990.
- Anónimo. Ed. José María Sbarbi. *Refranes glosados*. Barcelona: Balagué, 1955 [1541].
- Bayo, Ciro. *Lazarillo español*. Madrid: Austral, 1946.
- Castillo Solórzano, Alonso de. Ed. Luciano López Gutiérrez. *Donaires del Parnaso*. Madrid: Universidad Complutense, 2003.
- Cervantes, Miguel de. Ed. Francisco Rico. *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Real Academia Española, 2004.
- Correas, Gonzalo. Eds. Louis Combet, Robert Jammes & Maite Mir-Andreu. *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Madrid: Castalia, 2000.
- Covarrubias, Sebastián de. Ed. Martín de Riquer. *Tesoro de la lengua castellana o española*. Barcelona: Alta Fulla, 1987.
- Fernández Valverde, Juan. "Marcial: la precedencia, la lana lavada y el que (no) se mató." *Faventia* 23 (2001): 51-58.
- Frenk, Margit. *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV al XVII)*. México: UNAM, El Colegio de México, Fondo de cultura Económica, 2003.
- Góngora, Luis de. Ed. Antonio Carreira. *Antología poética*. Madrid: Castalia, 1987.
- . Ed. Antonio Carreira. *Obras completas*. Madrid: Fundación Antonio de Castro, 2000.
- Horozco, Sebastián de. Ed. Jack Weiner. *El Cancionero*. Berna, Frankfurt: Lang, Reichenberger, 1975.
- . Ed. José Luis Alonso Hernández. *Teatro universal de proverbios*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2005.
- Jiménez Mancha, Juan. "Los aguadores de Madrid." *La aventura de la historia* 103 (2007): 92-95.
- Kany, Charles. *Life and Manners in Madrid*. Berkeley: University of California, 1932.
- Lázaro Carreter, Fernando. "*Lazarillo de Tormes*" en *la picaresca*. Barcelona: Ariel, 1983.
- Lida, María Rosa. "Función del cuento popular en *El Lazarillo de Tormes*." Eds. Cyril Jones & Frank Pierce. *Actas del primer Congreso Internacional de Hispanistas*. Oxford: Dolphin, 1964. 349-59.
- López de Villalobos, Francisco. *Libro intitulado Los Problemas de Villalobos, que tracta de cuerpos naturales y morales*. Sevilla: Hernando Díaz, 1574.
- Marcial. Trad. Dulce Estefanía. *Epigramas*. Madrid: Cátedra, 1996.
- Molho, Mauricio, "Nota al tratado VI de la *Vida de Lazarillo de Tormes*." Eds. Carlos Moyá Espí, Luis Rodríguez de Zúñiga & Carmen Iglesias. *Homenaje a José*

- Antonio Maravall*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1985. III, 77-80.
- Moreto, Agustín. *Entremés del aguador. Rasgos del ocio en diferentes bailes, entremeses y loas*. Madrid: Ioseph Fernández, 1661.
- Negueruela, Diego de. Ed. Léo Rouanet. *Farsa llamada Ardamisa*. Barcelona, Madrid: Biblioteca Hispánica Moderna, 1910.
- Pedrosa, José Manuel. *Tradicón oral y escrituras poéticas en los Siglos de Oro*. Oiartzun: Sendoa, 1999.
- Rico, Francisco. *Problemas del "Lazarillo"*. Madrid: Cátedra, 1988.
- Rodríguez Marín, Francisco. *Más de 21000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección del maestro Gonzalo Correas*. Madrid: Tipología de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1926.
- Santa Cruz, Melchor de. Eds. Maxime Chevalier & María del Pilar Cuartero. *Floresta española*. Barcelona: Crítica, 1997.
- Vega, Lope de. Ed. Edwin S. Morby. *La Dorotea*. Madrid: Castalia, 1980.